

Nuevo Camino en la Relación con EU

Asociarse Para Sobrevivir

- ★ El Aparato Estatal no Será más Competidor de la IP
- ★ El Nacionalismo Tendrá Ahora Alguna Utilidad . . . ?
- ★ Ya no es Igual al del Pasado y al Posrevolucionario

LORENZO MEYER

Este tiempo de irritación pública en los círculos gobernantes mexicanos con motivo de las extralimitaciones de los agentes antinarcóticos del país vecino del norte, es propicio para reflexionar sobre la naturaleza de la relación entre la élite política mexicana y los Estados Unidos.

Desde el principio de la vida independiente de nuestro país y hasta la actualidad, y por razones evidentes, la relación con los Estados Unidos ha sido siempre uno de los elementos centrales en la agenda de nuestra clase política. La seguridad y el rango de su autonomía como grupo gobernante ha tenido mucho que ver con la naturaleza de su acomodo frente a las demandas y estilos de los gobernantes norteamericanos. La viabilidad del proyecto nacional de las élites liberales o conservadoras en el siglo pasado, y de porfiristas o revolucionarios ya en este siglo, y de posrevolucionarios o de los actuales

Asociarse Para Sobrevivir

Sigue de la primera puna

tecnócratas modernizados, ha dependido, en buena medida, de su capacidad para lograr adaptar sus intereses a las condiciones impuestas por la vecindad con los Estados Unidos.

Tras su derrota en Texas el general Santa Anna recuperó el poder gracias, en parte, a que en agosto de 1846 los estadounidenses le permitieron pasar el bloqueo naval que habian establecido frente a las costas mexicanas; y logró tal concesión porque logró convencer a los invasores de que su proyecto político era compatible con el de Estados Unidos: la firma inmediata de un tratado de paz. Años más tarde, Benito Juárez y los liberales, y en un momento particularmente crítico, recibieron el reconocimiento diplomático (y el apoyo político-militar que eso implicaba) que el gobierno de EU les habia retirado a Félix Zuloaga y a los conservadores; esa decisión estadounidense no fue, ni mucho menos, desinteresada, sino resultado de la decisión de los liberales de negociar con Robert McLane, el ministro estadounidense, las demandas de su gobierno de contar con derechos perpetuos de tránsito por territorio mexicano.

Los primeros años de Porfirio Díaz al frente del gobierno mexicano estuvieron llenos de sobresaltos porque no le fue posible conciliar sus necesidades políticas de aparecer como defensor intransigente de la integridad territorial mexicana con las exigencias de EU en relación a la seguridad en la frontera. En contraste, la dictadura porfirista se consolidó cuando logró hacer al capital estadounidense un socio en el proceso de modernización económica del país.

La Revolución mexicana llevó, entre otras cosas, a que se replanteara del cabo al rabo la naturaleza de la relación entre los nuevos gobernantes mexicanos y Estados Unidos. Por razones muy distintas, Madero y Huerta —la víctima y el verdugo— no lograron hacer compatibles sus proyectos políticos con los intereses y visiones políticas dominantes en Estados Unidos, y el resultado fue que el "factor estadounidense" se convirtió en terrible fuerza contraria. Venustiano Carranza corrió varias veces el riesgo de imponer sus prioridades a pesar de la oposición estadounidense. Ese riesgo valió la pena, pues el caudillo de Cuatro Ciénegas aprovechó de manera espectacular la crisis mundial desencadenada por la Primera Guerra Mundial para ampliar su campo de acción frente a Estados Unidos. Sin embargo, al final tuvo

que dar marcha atrás en temas tan vitales como la nacionalización de los depósitos petroleros.

Los sonorenses sudaron sangre en los años veinte para detener la ofensiva estadounidense que buscaba recuperar terreno que el carrancismo habia ganado a norteamericanos y europeos en la lucha por la autodeterminación. Los acuerdos de Bucareli y Calles-Morrow, fueron otras tantas concesiones que el proyecto nacional de los sonorenses hizo al estadounidense. El cardenismo fue la contraofensiva. Como Carranza, el general Cárdenas supo aprovechar las contradicciones entre los imperia- lismos para recuperar lo perdido, reforzar los cimientos del nacionalismo mexicano y, además, darle a éste una verdadera base social, pues ese nacionalismo tuvo entonces expresiones muy concretas de beneficio a los grupos populares.

La posrevolución se inició con el ejemplo más acabado —y bastante sorprendente— de compatibilidad entre los intereses de la élite gobernante y los de Estados Unidos: la alianza mexicano-estadunidense contra los países del Eje. Esta compatibilidad sufrió fracturas al final de la guerra —México no se interesó en desarrollar un anticomunismo militante y el gobierno de Washington no puso mayor empeño en llevar a cabo la cooperación económica que los gobernantes mexicanos esperaron y pidieron—, pero la clase política mexicana logró un modus vivendi adecuado con el poderoso vecino del norte, al punto que se llegó a afirmar la existencia de una "relación especial" entre los dos países.

En la posrevolución, el nacionalismo mexicano significó el desarrollo de una economía basada en la protección arancelaria, y en donde la inversión pública y la privada nacional llevaban la iniciativa. Ese nacionalismo ya no benefició a las mayorías, pero resultó ventajoso para la élite obrera, la clase media, la empresa privada nacional y, sobre todo, para la clase política mexicana. En efecto, nuestros dirigentes pudieron hacer y deshacer dentro de México sin que Estados Unidos les imponiera restricciones o pidiera cuentas, como fue el caso con muchos otros grupos latinoamericanos, a los que se castigó e incluso se destruyó cuando sus respectivos nacionalismos chocaron con los intereses estadounidenses.

La clase política mexicana logró por un tiempo largo hacer de su control autoritario del país por la vía de un sistema de par-

tido de Estado y de su proceso económico orientado hacia el mercado interno, dos armas muy efectivas de defensa de su autonomía relativa frente a los Estados Unidos. Símbolos de esa autonomía fueron, por ejemplo, el mantenimiento de relaciones diplomáticas con Cuba o el posterior comunicado franco-mexicano sobre la guerra civil en El Salvador. Sin embargo, ya llegó a su fin esa etapa de la relación entre la élite política mexicana y Estados Unidos.

Hoy la situación de la economía es casi la opuesta a la que existió entre 1940 y 1982; el aislamiento relativo del pasado respecto al mercado mundial se ha perdido. Por otra parte, el partido del Estado ya no es el pilar corporativo que por algo más de medio siglo fue la garantía de un proceso político sin sobresaltos al sur del río Bravo. Esto quiere decir, entre otras muchas cosas, que han desaparecido dos de las barreras más importantes que protegían la independencia relativa de nuestra élite política frente a los Estados Unidos: la económica y la política.

Miguel de la Madrid y su grupo fueron los primeros que debieron enfrentar el reto de una redefinición de fondo en la relación política con Estados Unidos. Como es natural, en este proceso hubo desconcierto, titubeos y la persistencia de inercias. Contadora es uno de los ejemplos más claros de las contradicciones de la nueva situación, pues mientras por un lado la élite mexicana le pedía a Estados Unidos auxilio para sobrevivir a su gran crisis económica, por el otro le negaba a Washington su cooperación en Centroamérica. El resultado fue una relación México-Estados Unidos de naturaleza esquizofrénica.

El salinismo parece mejor dispuesto y equipado para superar esa falta de relación lógica entre el área económica y la puramente política de la relación mexicanoamericana. Hoy, con la modernización económica que implica la integración de nuestro mercado al estadounidense, la clase política mexicana, o al menos su estrado superior, reconoce que su supervivencia requiere ya no de preservar ni menos aumentar el grado de su aislamiento frente a Estados Unidos sino de lo opuesto: acelerar la integración de la economía mexicana a la estadounidense y en condiciones apropiadas; es decir, con un aparato estatal sin vocación de corifeo y con el sector privado en la producción de bienes y servicios. Finalmente, por

su educación, conocimiento directo del idioma y civilización estadounidense y por su ideología, la tecnocracia mexicana está equipada como ningún otro grupo político mexicano en la historia para intentar este nuevo camino en su relación con Estados Unidos.

En estas condiciones, ¿cuál es el contenido de nacionalismo mexicano desde el punto de vista de la élite política neoliberal mexicana? En realidad, hay que preguntarse si el nacionalismo mismo, independientemente de su contenido, es ahora de alguna utilidad para nuestros gobernantes. En caso de que la respuesta siga siendo afirmativa, entonces resulta más fácil definir el nuevo nacionalismo en términos negativos: no es igual al del pasado revolucionario ni posrevolucionario, pues sus bases materiales y su proyecto político y han dejado de existir... o casi.

Posiblemente el nacionalismo neoliberal, cuando y si finalmente adquiere forma, se va a reducir a ser el vigilante de la legalidad. Es decir, a exigir que Estados Unidos (y el resto del mundo) respete las formas legales de nuestra soberanía y los tratados y arreglos económicos que se hayan suscrito, como los del GATT. Desde esta perspectiva, la tarea nacionalista será cumplida cuando, por ejemplo, se proteste porque la DEA norteamericana se ha llevado a presuntos delincuentes mexicanos sin antes hacer los trámites legales; cuando se denuncien las prácticas comerciales de otros países que violen en detrimento de los productores mexicanos, los términos de acuerdos bilaterales o multilaterales previamente suscritos; cuando los cónsules mexicanos protesten cuando se considere que no se han respetado los derechos de algunos de nuestros conciudadanos que trabajan con o sin papeles en los Estados Unidos; etcétera.

En resumen, es difícil suponer que el nacionalismo neoliberal vaya a ir más allá de su papel de vigilante de la soberanía formal. En cualquier caso, el concepto que la clase dirigente mexicana tiene de ella misma frente al resto del mundo ya no será obstáculo a la transformación de la economía mexicana en una cuya naturaleza esté determinada por su papel de proveedora de ciertos bienes y servicios demandados por la industria y los consumidores norteamericanos.